

**Lacoste, Pablo. *Vinos de capa y espada, 300 años de vitivinicultura y economía en Mendoza y San Juan*. Santiago de Chile: Editorial Antucurá, 2013, 250 páginas. Prólogo de Prudence Rice; ilustraciones de Lourdes Giunta.**

Aída Kemelmajer de Carlucci\*

Hace cinco años, en 2008, comenté una preciosa obra de Pablo Lacoste titulada “*La mujer y el vino: Emociones, vida privada y autonomía económica entre el Reino de Chile y el Río de la Plata (1561/1810)*”. He regalado ese libro a decenas de amigas mujeres; tanto lo amé.

El que ahora presento, cubre cincuenta años más de historia (1561/1861) y relata la vida de los vitivinicultores de Cuyo, sin distinción de género. Como el primero, éste no es un libro que sólo cuenta el pasado; por el contrario, es uno que ayuda a entender el presente y también a movilizar para producir los cambios que la realidad requiere.

Los lectores de este nuevo aporte tenemos, pues, que agradecer al autor, entre otras muchas cosas:

(a) Hacernos recorrer, a través de una introducción y nueve capítulos, sin que nuestro entusiasmo decaiga ni un segundo, el maravilloso camino de la historia de las familias cuyanas que se dedicaron, por más de tres siglos, a una industria que hoy nos representa en el mundo. El relato se estructura sobre personas concretas que tomaron la decisión de embarcarse en un proyecto; por eso, este libro es profundamente humanista, en tanto rescata el valor de la persona, su esfuerzo, su vocación, su pasión por alcanzar la meta.

(b) Darnos prueba de que la civilización del vino, sus códigos, sus actitudes y, *fundamentalmente la cultura del trabajo*, existían en Cuyo antes de que la Argentina existiera como tal. En nuestros días, en nuestro país, recuperar la conciencia sobre la importancia de la cultura del trabajo no es cuestión menor. Se recupera lo perdido, y esa pérdida es señalada, con razón, como uno de los grandes males que nos aquejan.

(c) Enseñarnos que nuestros vitivinicultores siempre debieron superar problemas políticos, sociales y económicos para que esta industria sea viable. Conocer esta historia, indudablemente, proporciona valiosos instrumentos a quienes hoy conducen estos destinos, porque son la prueba de cuánta imaginación, valentía, coraje, creatividad, ambición, innovación, pusieron los fundadores, por lo que hoy el esfuerzo no puede ser menor a aquél

---

\* Titular Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, Argentina. Miembro de las Academias Nacionales de Derecho y Ciencias Sociales (Argentina), así como Miembro honoraria de la Real Academia de Derecho y Legislación de Madrid, España. Ex Presidente de la Suprema Corte de Justicia de Mendoza. Correo electrónico: aidakemelmajer@carlucci.com.ar

y no podemos quedarnos, con los brazos cruzados, confiados en que tenemos viñas viejas y tradicionales. No cabe vivir de lo heredado; hay que trabajar como si nadauviésemos; Lacoste transcribe la frase de Fray Miguel que aconsejaba tener viñas jóvenes y recordar el proverbio “Olivares de tu abuelo, higueras de tu padre y viñas de ti mismo”.

(d) Concientizarnos de que la lucha por los ideales no se libra solo en el campo de la naturaleza, sino también en el de los preconceptos sociales. La preciosa historia de Juan de Puebla y Reinoso, condenado a morir en la horca y a la confiscación de la mitad de sus bienes cuando sólo tenía 20 años, por tener relaciones sexuales con una adolescente de “buena familia”, a quien privó de su castidad (con consentimiento de la enamorada), es la prueba más acabada de esos prejuicios. Afortunadamente, y sin que las razones estén del todo claras, a este personaje tan importante de nuestra historia, alguien le perdonó la pena, por lo que tiempo después pudo casarse con otra mujer, muy dinámica y emprendedora, que abrió su propia pulpería siendo pionera a escala regional.

(e) Proporcionarnos evidencias ciertas de los estrechos lazos que siempre existen entre el poder político y el poder económico. A veces, ese poder político coincide con el religioso, tal como surge de la magnífica descripción de la estrecha conexión entre el vino y la vida eterna; el vino como puente para lograr esa vida después de la muerte, gracias a los legados de importantes cantidades de ese líquido, a favor de las iglesias, con el cargo de que se recen misas a la memoria del difunto, tal como lo acreditan los testamentos de la época.

Los lazos con la Iglesia son significativos. Dice poéticamente el autor: “El vino madura cuando permanece en ambiente silencioso, seco y fresco; por ello, la luz tenue de las cavas es su entorno más apropiado. Se trata de un sitio muy parecido al que, durante siglos, se desarrolló en el ámbito de los conventos. Los monjes crearon espacios para cultivar la vida espiritual y, tal vez sin proponérselo, diseñaron y construyeron la arquitectura más adecuada para la crianza del vino. La historia del vino no tardaría en cruzarse con la de los monasterios”. En esos monasterios, también se utilizó “mano de obra africana”; “centenares de esclavos llegaron a Mendoza y aquí aprendieron, junto a los agustinos, técnicas para cultivar la vid y elaborar y conservar el vino, por lo que estos esclavos, periódicamente eran vendidos logrando altas cotizaciones debido a los conocimientos que habían adquirido. Muchos años más tarde, seguían siendo esclavos, a punto tal de que el General San Martín incorporó a muchos de ellos en sus filas, ofreciéndoles la libertad a cambio. Este libro también nos enseña cuánto significó el vino en la vida del general San Martín y la gesta libertadora; cuántos cuyanos murieron en ese acontecimiento fundamental para nuestra historia, pero ese aspecto, subyacente en todo el libro, necesitaría un comentario aparte.

Lo cierto es que los vínculos entre el poder y la iglesia se muestran también en los privilegios fiscales eclesiásticos, a punto tal que las familias bodegueras trataban de incorporar a alguno de sus hijos a las órdenes religiosas o al clero secular y, por su intermedio, eludir algunos impuestos.

Las relaciones con la economía son evidentes; la expulsión de los jesuitas, se nos enseña, fue un golpe duro y un daño irreparable para la región, pero lo cierto es que, a partir de entonces, la evolución del vino quedó en manos de los cultivadores laicos.

(f) Informarnos sobre cómo el vino no sólo nos unía con la muerte, sino con la vida, como dice la canción (Si el vino viene, viene la vida...) Servía para saldar deudas (pagar impuestos, hipotecas, capellanías), para dotar a las hijas mujeres, etc. Claro está, esto significaba también riesgos: “Asaltar una hacienda vitivinícola o una caravana de mulas o carretas cargadas con vino, era casi como robar un banco. Los convoyes de vino estaban siempre en riesgo y había que protegerlos”.

(g) No avergonzarnos de pertenecer a la burguesía mendocina, porque quienes la conformaron realizaron fuertes inversiones en la educación de las generaciones futuras, tal como lo muestra la familia Godoy. Seguramente, después de leer este libro, cada vez que escuchemos “Godoy Cruz”, no será sólo para recordar un club de fútbol o un departamento de la provincia, sino para tomar conciencia de quiénes fueron esos pioneros, su lucha por la secularización del derecho, por la capacitación de todos los sectores de la sociedad, su aporte al arte popular a través, incluso, de la payada, sus batallas contra el autoritarismo rosista, su defensa de las libertades para amplios sectores, su enfrentamiento con los sectores ultraconservadores de la sociedad. No me extrañaría que después de leer el capítulo III, al menos la dirección de Cultura del departamento, si no el gobierno de la provincia, inicien una verdadera campaña para que todos los mendocinos podamos conocer, desde la escuela primaria, el alto significado del apellido Godoy.

Por lo demás, lejos del sentido peyorativo de la expresión “burguesía vitivinícola mendocina”, el capítulo V nos informa cómo esta industria fue, precisamente un instrumento de movilidad social, de ascenso social de actores marginales y excluidos. Es que la vitivinicultura, a diferencia de los grandes campos de la pampa húmeda, “generó las condiciones para que, a partir de un patrimonio nulo o sumamente modesto, se pudiera ascender de nivel social en el transcurso de una generación, puesto que en esta industria pesaba más el trabajo y la capacidad que la posesión de la tierra por herencia o merced” (p. 171).

(h) Sentirnos orgullosos de que, aunque hubo épocas en que la mayoría no apuntó a la calidad, sino a la cantidad, siempre hubo en Mendoza gente que apostó a la excelencia, como según el actor, sucedió con los Benegas y el socialista Valentín Bianchi.

(i) Sentir el mismo orgullo de saber que ya en el siglo XIX, algunas personas, como José María Videla, había montado una de las mejores bibliotecas, en la que se encuentra una amplia colección de las obras de Alejandro Dumas, con cuyos héroes se sentían identificados los vitivinicultores cuyanos, incómodos con las guerras civiles, los caudillos y el modelo autoritario de Rosas.

(j) Darnos cuenta de la necesidad de integrarnos regionalmente con Chile, porque esa integración no es de hoy, es de hace muchos años, a punto tal que la Quinta Normal de Santiago proveyó de cepas francesas a la Quinta Agronómica de Mendoza, gracias a la intervención de Sarmiento.

(k) Seguir defendiendo nuestra Gran fiesta nacional de la Vendimia, ahora, conociendo sus orígenes, la famosa pisada de las uvas y su conexión con las artes,

especialmente la música; el significado de la Virgen de la Carrodilla y su maravillosa tonada, ese himno, casi laico, que todos y cada uno de nosotros canta al unísono y, fundamentalmente, saber que en sus orígenes, esta fiesta fue la expresión de la confianza entre el Estado, la burguesía vitivinícola y el pueblo. Dice Pablo Lacoste: “a diferencia de otros países, donde los empresarios tienen miedo al pueblo, desconfían de él y evitan movilizarlo y convocarlo a marchar masivamente a las ciudades, en Mendoza se produjo una cultura de la integración y la confianza a partir de la celebración de la fiesta del vino. Esta experiencia, originalmente pensada para influir sobre la cancillería argentina y evitar una amenaza externa, sirvió como sistema de confianza mutua entre el pueblo trabajador y los grandes empresarios. Se superaron los miedos y los distintos actores se comprometieron a trabajar juntos en función de los intereses compartidos. Este capital cultural sería otro de los pilares para facilitar la realización de una fiesta de esta magnitud”.

En definitiva, gracias Pablo Lacoste por tantas enseñanzas, fundamentalmente, por esta última, o sea, que las cosas grandes, como es la vitivinicultura cuyana, se hacen desde la concertación y no desde la confrontación.